

Medios para hacerlos superiores á las persecuciones, haciéndolas también meritorias.

1.º Se triunfa de todas las persecuciones y de todos los tormentos con la paciencia y la muerte. Los perseguidores pueden compararse á las cantáridas; hacen padecer, pero purifican...

2.º No hemos de temer á los perseguidores. Los perseguidores labran la salvación y la gloria de los inocentes perseguidos: por ellos se deshonran y se pierden. Su poder no se extiende más que sobre el cuerpo, sobre la vida actual; el alma y la eternidad están infinitamente por encima de ellos. No temáis, dice Jesucristo, á los que matan el cuerpo, pero que no pueden matar el alma; temed antes bien al que puede arrojar el alma y el cuerpo al fuego eterno: *Nolite timere eos qui corpus occidunt, animam autem non possunt occidere; sed time te eum, qui corpus et animam potest mittere in gehennam.* (Matt. X. 28).

3.º Es preciso vencer; y no se puede vencer sin combate, ni triunfar sin guerra, dice S. Crisóstomo. Considerad el pacto que os compromete; no olvidéis las condiciones á que habeis consentido; reconoced la milicia en que os habeis alistado: *Considera pactum, conditionem attende, militiam nosce: pactum, quo spondesti; conditionem, qua accessisti; militiam, cui nomen dedisti.* (Homil. XI).

4.º Es preciso considerar la brevedad de las persecuciones y la duración de la corona y de la gloria.

## PERSEVERANCIA.

El que perseverare hasta el fin, se salvará, dice Jesucristo: *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.* (Math. XXIV. 13).

Jesucristo, dice S. Bernardo, fué obediente hasta la muerte. Corred tanto como queráis. Si no correis hasta la muerte, no tendreis el premio: *Factus est obediens usque ad mortem. Quamtulibet ergo cucurreris; si usque ad mortem non perveneris, bravium non apprehendes.* (Epist. ad Garinum).

Jamás, dice aquel Santo Doctor, el justo cree haber obtenido el premio; jamás dice: «Ya es bastante;» sino que siempre tiene hambre y sed de justicia, de tal manera, que, si siempre viviese, siempre, en tanto que de él dependiera, habria de esforzarse para llegar á ser más justo todavía, esforzándose siempre en propender del bien al mayor bien; pues no se compromete por determinado tiempo á servir á Dios, como un criado, sino por toda la eternidad (1).

Cualquiera que ponga la mano en el arado y mire atrás, no es propio para el reino de Dios: *Nemo mittens manum ad aratum, el respiciens retro, aptus est regno Dei.* (Luc. IX. 62).

Es preciso orar siempre y no cansarse nunca, prosigue Jesucristo: *Oportet semper orare, et non deficere.* (XVIII. 1).

Cristo resucitado de entre los muertos no muere, dice S. Pablo: la muerte no tendrá ya poder sobre él: *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur; mors illi ultra dominabitur.* (Rom. VI. 9). Despues de nuestra resurreccion del pecado, debemos imitar á Jesucristo, que no muere...

Hermanos míos predilectos, escribe aquel grande apóstol á los corintios, estad firmes, inquebrantables, abundando siempre en la obra del Señor, sabiendo que vuestro trabajo no es vano en el Señor: *Fratres mei dilecti, stabiles estote et immobiles; abundantes in opere Domini semper; scientes quod labor vester non est inanis in Domino.* (I. XV. 58). Bueno es, escribe á los galatas, que siempre seais celosos para el bien, y no sólo cuando estoy presente entre vosotros: *Bonum emulamini in bono semper; et non tantum cum presens sum apud vos.* (IV. 18). Permaneced, pues, firmes en la libertad que tenemos de Cristo, y no os doblegueis de nuevo bajo el yugo de la servidumbre: *State, et nolite iterum jugo servitutis contineri.* (Gal. v. 1). No nos cansemos de obrar bien: *Bonum facientes non deficiamus.* (Gal. VI. 9).

En otro tiempo erais tinieblas, dice á los de Efeso, y ahora luz en el Señor; marchad como hijos de la luz: *Eratis aliquando tenebrae, nunc autem lux in Domino; ut filii lucis ambulat.* (v. 8). Os conjuro pues yo, ligado en

(1) Numquam justus arbitratur se comprehensisse. numquam dicit: Satis est; sed semper esurit, sicutque justitiam, ita ut, si semper viveret, semper, quantum in se est, justior esse contenderet, semper de bono in melius proficere totis viribus conaretur. Non enim ad annum vel tempus, instar mercenarii, sed in aeternum divino se mancipabit famulatu. (Epist. CCLIII).

el Señor, que andeis de una manera digna de la vocación á que habeis sido llamados: *Osbecco vos ego vincit in Domino, ut digne ambuletis vocatione, qua vocati estis.* (Ephes. IV. 1). Esta vocación es la perseverancia en el bien que practicáis desde vuestra entrada en las sendas espirituales. El que anda, reitera sus pasos; adelanta para llegar á donde quiere...

Así pues, de la misma manera que habeis recibido á Jesucristo, el Señor; andad según él os indica, escribe aquel apóstol á los colosenses; andad arraigados en él, edificados en él, y afirmados en la fe, tal como os ha sido enseñada, y abunde en vosotros cada día más y más con acciones de gracias (1).

Os ordeno ante Dios, que todo lo vivifica, escribe á su querido Timoteo, y ante el Cristo Jesús, que guardeis estos preceptos, conservándoos sin mancha ni reprensión hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo (2).

El que combate en la arena no recibe la corona, si no ha combatido como debe: *Qui certat in agone, non coronatur, nisi legitime certaverit.* (II. Tim. II. 5).

Cuidad de que ninguno falte á la gracia de Dios, escribe á los hebreos: *Contemplantes ne quis desit gratiæ Dei.* (XII. 15). No os canséis, y no desfallezcan vuestros corazones: *Ne fatigemini, animis vestris deficientes.* (Hebr. XII. 3).

Vosotros pues, hermanos míos, que habeis conocido el bien, guardadlo, dice S. Pedro, no sea que, llevados á extravíos, dejéis de estar firmes; creed, sí, en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo: *Vos, fratres, prescrite, custodite ne excidatis à propria firmitate. Crescite vero in gratia, et in cognitione Domini nostri, et Salvatoris Jesu Christi.* (II. III. 17-18).

Conservaos en el amor de Dios, dice el apóstol S. Judas: *Vos metipsos in dilectione Dei servate.* (21).

Sed fieles hasta la muerte, dice el Señor en el Apocalipsis: *Esto fidelis usque ad mortem.* (II. 10). Acordaos de lo que habeis recibido y oído, y guardadlo: *In mente habe qualiter acceperis, et audieris, et serva.* (Ibid. III. 3). El que es justo, hágase aún más justo; y el que es santo, santifíquese todavía: *Qui justus est, justificetur adhuc; et sanctus sanctificetur adhuc.* (Ibid. XXII. 14).

El Real Profeta comprendía también la necesidad de la perseverancia, que decía á Dios: Afirmad mis pasos por el camino que conduce hasta vos, no sea que llegue á vacilar: *Perfice gressus meos in semitis tuis, ut non moveantur vestigia mea.* (XVI. 5). Implorad al Señor y su fuerza; buscadlo sin cesar, dice todavía: *Querite Dominum, et confirmamini querite faciem ejus semper.* (CIV. 4).

Estad firmes ante el Señor dice el profeta Samuel: *Nunc state coram Domino.* (I. Reg. X. 19).

(1) Sicut ergo accepistis Jesum Christum Dominum, in ipso ambulate; radicati et superedificati in ipso, et confirmati fide, sicut et didicistis; abundantes in illo in gratiarum actione (II. 6-7).

(2) Precipio tibi coram Deo, qui vivificat omnia, et Christo Jesu; ut serves mandatum sine macula, irreprehensibile, usque in adventum Domini nostri Jesu Christi (II. V. 13-14).

Permaneced fieles en vuestro puesto, dice el Eclesiástico, y perseverad en la invocación del altísimo Dios: *Sta in sorte propositionis, et orationis altissimi Dei.* (XVII. 24).

Hacemos esfuerzos para agradar á Jesucristo, dice el apóstol de las gentes: *Contendimus placere illi.* (II. Cor. v. 9).

Una piedra cuadrada, dice S. Agustín, no se bambolea, por más que se la vuelva de cualquier lado; sed pues como aquella piedra, estad prontos á sostener todas las tentaciones, y por más esfuerzos que se hagan para derribaros, mostrad firmeza en la perseverancia. Que toda clase de ataques os halle inquebrantables (1).

Hemos de imitar al galgo que persigue á una liebre; se lanza, no teme precipicios, ni bosques, ni piedras; se hierde, se ensangrienta: no importa; corre hasta que ha podido apoderarse de su presa...

Hermanos míos, dice el apóstol S. Pablo á los filipenses, estoy persiguiendo el fin que me ha indicado el Señor Jesús. No pienso haberlo alcanzado; pero, olvidando únicamente el trecho que tengo recorrido, y fijándome en lo que me falta que recorrer, me dirijo al término, á la recompensa celestial que Dios me destina en el Cristo Jesús: Nosotros pues, que debemos ser todos perfectos, no tengamos, otro sentimiento (2). El apóstol examina, no hasta donde ha llegado, sino el camino que le queda que recorrer para conseguir el Cielo. Y ved sus esfuerzos: se engrandece para apoderarse de la vida eterna, y de todo lo demás se olvida.

Bienaventurados, dice S. Jerónimo, los que, no contentándose con lo que han hecho, cada día se renuevan y adelantan como el apóstol; porque la justicia cesa para el justo el día en que se detiene en el camino. Comenzar no basta; es preciso concluir (3).

La mujer de Loth fué convertida en estátua de sal, para enseñarnos que la sabiduría consiste en ir adelante, y la locura en retroceder. Instrúyanos tal ejemplo...

Combatid el buen combate de la fe, dice S. Pablo á Timoteo; poneos en posesión de vida eterna, á la que sois llamados: *Certa bonum certamen fidei, apprehende vitam æternam, in qua vocatus es.* (I. VI. 12).

Oíd lo que dice S. Cipriano: Si el combate os llama, si ha llegado el día de manifestaros buenos, combatid con perseverancia, sabiendo que combatis ante la vista del Señor: que aprecia vuestros generosos esfuerzos: *Si vos acies vocaverit, si certaminis vestri dies venerit; militate fortiter, dimi-*

(1) Quadratum lapidem quacunque verteris, stat; sic ergo conquadramini, ad omnes tentationes parati, quicquid impulerit, non vos avertat. Stantem vos inveniat omnis casus (Ist. de Morib.).

(2) Sequor, si quomodo comprehendam, in quo ex comprehensum sum a Christo Jesu. Fratres; ego me non arbitror comprehendisse. Unum autem que quidem retro sunt, obliviscens; ad ea vero, que sunt priora, extendens me ipsum, ad destinatum persequor, ad bravium superne vocationis Dei in Christo Jesu. Quicumque ergo perfecti sumus, hoc sentiamus (III. 12-13).

(3) Beati qui non sibi de preterita justitia blandientes, secundum Apostolum, per dies singulos in virtute renovantur; justitia enim non producit ei, a quo die justus esse desierit. Inchoasse non sufficit, sed perfectio justitia est. (In hæc verba Apost.)

So necesita val-  
lor para per-  
severar.

*cate constanter; scientes vos sub oculis presentis Domini dominare.* (Ad Martyr).

Tú, oh hijo mío, dice el apóstol á Timoteo, fortifícate en la gracia de la perseverancia, que está en Jesucristo: *Tu ergo, fili mi, confortare in gratia, quam est in Christo Jesu.* (II. II. 1).

Ven y mira, dice el Señor á S. Juan en el Apocalipsis. Y vi: y ved ahí un caballo blanco, y el que lo montaba tenía un arco, y se le dió una corona, y vencedor partió para vencer de nuevo: *Veni, et vide. Et vidi: et ecce equus albus; et qui sedebat super illum, tenebat arcum; et data est ei corona, et exivit vincens ut vinceret.* (VI. 1-2).

Armas de vuestra espada, dice el Salmista, revestidos de brillo y de gloria. Marchad á la victoria, y reinad. (XLIV. 3-4).

Me levantaré, dice la Esposa de los Cantares, y recorreré la ciudad; buscaré al que mi alma adora; lo buscaré en los caminos, en las plazas públicas; lo he buscado, he hallado al que ama mi alma; me he apoderado de él, y no dejaré que se aleje: *Surgam, quæram quem diligit anima mea. Inveni quem diligit anima mea; tenui eum, nec dimittam.* (III. 2-4).

Permaneced en el puesto en que se os ha colocado, y continuad orando, dice el Espíritu Santo: *Stet in sorte propositionis, et orationis.* (Eclii. XVII. 24). Esta palabra *stet* (permanece, está firme) significa: 1.º la lucha, el combate que tiene que sostenerse contra los enemigos para perseverar... 2.º El valor, la energía que es preciso llevar al combate para conseguir la perseverancia... *Stet*, estad firmes, resistid generosamente; no cedáis, no caigais, no retrocedáis; sólo así perseveraréis...

Los soldados resisten en el campo de batalla, combaten con heroísmo; y sin embargo son muchas veces vencidos por los enemigos. Pero los soldados de Jesucristo, si están firmes, quedan siempre victoriosos: porque nadie puede arrebatársela virtud y la perseverancia en la virtud; sólo puede hacerlo su voluntad propia...

Oíd lo que dice S. Cipriano de los mártires: Fueron inquebrantables en medio de los tormentos, más fuertes que los verdugos; y sus miembros dislocados y quebrantados fueron superiores á los golpes y á las abrasadoras llamas. Ni el más largo, ni el más cruel de los suplicios pudo vencer su fe, y no cesaron de servir á Dios, no con su cuerpo, que ya no existía, sino con sus heridas. (*De Martyr*).

*Stet*, sed inquebrantables, perseverantes contra el demonio, las tentaciones, el mundo y la carne...

Entrad á participar de la dicha de los Santos, que viven y tributan gloria á Dios, dice el Eclesiástico: *In partes vade seculi sancti, cum viventibus et dantibus confessionem Deo.* (XVII. 25). Id á la dicha de los Santos por las buenas obras; esforzaos diariamente á ir de virtud en virtud; id al Cielo, vivid por toda la eternidad.

Fruetificad, como los rosales plantados cerca de la corriente de las aguas, dice la Sagrada Escritura: *Quasi rosa plantata super rivus aquarum fructificavit.* (Eclii. XXXIX. 47). Creced; multiplicad vuestras virtudes, desarrolladlas; sed fecundos en hojas, en flores, en frutos de caridad, de paciencia, de humildad, de sumisión de modestia, de pureza y de las demás virtudes. Y así como la rosa, al levantarse el sol, manifiesta su hermoso cáliz y esparce suaves olores, co-

menzad temprano á alabar á Dios, á servirle, á amarle; y perseverad así hasta obtener la corona de la vida.

Aplicaos, dice S. Basilio, á ser mejores de día en día; haced progresos en las virtudes, á fin de acercaros siempre más á los ángeles y llegar á ser semejantes á ellos: *Studiosè operam dato ut melior in dies magis ac magis existatis; processum in virtutibus facite, ut hoc modo angelis efficiare propinquior.* (In Epist.)

Ando siempre para alcanzar el fin, dice S. Pablo: *Sequtor, si quo modo comprehendam.* (Philipp. III. 12.)

Tengo todavía una vida de combates, dice S. Crisóstomo; está llena de ellos: estoy todavía lejos del fin, estoy poco avanzado en la carrera; corro todavía, prosigo. El gran apóstol no dice *corro*, sino *prosigo*. Ya veis al que prosigue con objeto determinado, con qué ardor prosigue; á nadie mira, salva todos los obstáculos con valor, á ellos aplica su alma, sus ojos, sus fuerzas, su corazón, su cuerpo; no piensa en otra cosa; se halla enteramente aplicado á conseguir su objeto. (*In verbis Apost.*)

Ved que vengo pronto, dice el Señor en el Apocalipsis; y conmigo esta mi recompensa, para dar á cada cual según sus obras: *Ecce venio cito; et merces mea mecum est, reddere unicuique secundum opera sua.* (XXII. 12).

Adad, dice el gran apóstol, de modo que ganeis más y más: *Sic ambulatis, ut abundetis magis.* (I. Thess. IV. 1).

Guardaréis admirablemente lo que hayais adquirido; si tratáis siempre de adquirir, lo que poseéis disminuirá; desaparecerá, si dejáis de aumentarlo...

Esta palabra es verdadera, dice S. Pablo: que si morimos con Jesucristo, viviremos con él; si con él sufrimos con perseverancia, con él reinaremos: *Fidelis sermo: nam si commortui sumus, et convivemus; si sustinebimus, et conregnabimus.* (II. Tim. II. 11-12).

Perseverad para ser coronados, dice S. Crisóstomo: *Stete, ut coronemini.* (*In verbis Apost.*)

Sed fieles hasta la muerte, y os daré la corona de vida, dice el Señor en el Apocalipsis: *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitæ.* (II. 10).

Ved que vengo pronto, dice el señor: guardad lo que tenéis, para que nadie reciba vuestra corona: *Ecce venio cito: tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam.* (Apoc. III. 11).

He quitado mi túnica; ¿cómo he de volvérmela á poner? dice la Esposa de los Cantares. He lavado mis pies; ¿cómo he de mancharlos todavía? *Exspoliavi me tunica mea; quomodo induar illa? Lavi pedes meos; quomodo inquinabo illos?* (v. 3).

Seamos, dice Fausto, obispo de Reims, perseverantes en el servicio de Dios por la eterna recompensa, y tendamos siempre á obrar mejor. El deseo de alcanzar la corona y el hábito de obrar bien han de llevarnos siempre á crecer en méritos. (*In ejus vita*).

Hay una gran ventaja en servir constantemente al Señor, dice S. Crisóstomo: *Magna retributio est equi Dominum.* (Homil. VIII).

Motivos que existen para aplicarse á la perseverancia.

Ejemplos de perseverancia.

El mismo Jesucristo pasaba las noches en la oracion: *Erat pernoctans in oratione Dei.* (Luc. VI. 12).

Alfredio decia al tirano Quintiano, hablando de la mártir santa Agata, á quien trataban de seducir y hacer renunciar á Jesucristo: Es más fácil ablandar las piedras más duras ó trasformar el hierro en plomo, que cambiar el espíritu de Agata, y separar su alma del amor de Jesucristo y del amor de la castidad. (*In ejus vita.*)

Es preciso, tratándose de la gracia y de la virtud, imitar la perseverancia del avaro, y hacer por el bien lo que él hace por el oro...

Colocados como estamos, dice S. Pablo á los hebreos, bajo semejante nube de testigos, descarguémonos de todo peso y del pecado que nos envuelve, y recorramos con paciencia la carrera que se nos abre: *Ideoque et nos, tantam habentes impositam nubem testium, deponentes omne pondus, et circumstant nos peccatum, per patientiam curramus ad propositum nobis certamen.* (XII. 1).

Se dice de los primeros cristianos que perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la participacion del pan que se les fraccionaba, y en las oraciones: *Erant perseverantes in doctrina apostolorum et communicacione fractionis panis, et orationibus.* (Act. II. 43).

El apóstol S. Bernabé exhortaba á todos los fieles que perseverasen con corazon firme en el Señor: *Hortabatur omnes in proposito cordis permanere in Domino.* (Act. II. 23).

En mi casa, dice el Real Profeta, perseveraba en la inocencia de mi corazon: *Perambulabam in innocentia cordis mei, in medio domus mex.* (C. 2.) No he abandonado, Señor, vuestra ley: *Non dereliqui mandata tua.* (Ps. CVIII. 87).

Se dice de Tobias que permaneció firme en el temor de Dios, dando gracias todos los dias de su vida: *Immobilis in Dei timore permansit, agens gratias Deo omnibus diebus vite suae.* (II. 14).

Noche y dia, dice S. Pablo, no he cesado de advertir á cada uno de nosotros con lágrimas: *Noche et die non cessavit cum lacrymis monens unumquemque vestrum.* (Act. XX. 31).

En tanto que viva, dice Job, en tanto que tenga un soplo de vida, mis labios no pronunciarán nada injusto, mi lengua no proferirá la mentira; mientras viva, practicaré la inocencia, y no abandonaré la justicia. (XXII. 3-6.)

Excelencia y ventajas de la perseverancia.

La perseverancia, dice S. Bernardo, es el vigor de las fuerzas, la consumacion de las virtudes, la nodriza de los méritos, la mediadora de las recompensas, la hermana de la paciencia, la hija de la constancia, la amiga de la paz, el nudo de la caridad, el lazo de la unanimidad y la fortaleza de la santidad (1).

Quita la perseverancia, continúa S. Bernardo, y la obediencia no tiene ya recompensa, el beneficio pierde su gracia, y el valor no merece alabanza. Sólo á la perseverancia es concedida la eternidad ó más bien ella es la que da

(1) Perseverantia est vigor virium, virtutum consummatio, nutritrix ad meritum, matricatrix ad premium, soror patientie, constantie filia, amica pacis, amicitiarum nodus, unanimitalis vinculum, propugnaculum sanctitatis. (Epist. CXXIX).

nombre á la eternidad, puesto que el Señor ha dicho: El que perseverare hasta el fin, es el que se salvará (1).

La perseverancia, añade aquel santo Doctor, es la hija querida del gran rey, el fruto de las virtudes y su perfeccion, y el arca que contiene todas las virtudes. Es una virtud sin la cual nadie verá á Dios, ni será visto de Dios; es el término de la justicia para todo creyente. Pues, ¿de qué sirve correr y quedarse en el camino antes de llegar al fin? Corred de modo que podáis llegar á la recompensa (2).

Las ciudades más fuertes llegan á tomarse con sitio perseverante... La perseverancia es más eficaz que la fuerza; es una fuerza, un poder irresistible...

Sin la perseverancia, dice S. Laurencio Justiniano, el que combate no alcanza la victoria, ni el vencedor la palma. (*De Ligno vite.*)

Sólo la perseverancia merece la corona de la felicidad eterna: esta corona le pertenece...

Una mujer cananea dijo á Jesús con grandes voces: Señor, hijo de David, compadécete de mí; mi hija está cruelmente atormentada por el maligno espíritu. Jesús no le contestó una palabra. Ella, sin embargo, vino á prosternarse delante de él, diciendo: Señor, socorredme! El repuso: No es bueno quitar el pan de los hijos y arrojárselo á los perros. Pero ella repuso: Es verdad, Señor, pero los perritos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos. Entonces Jesús le respondió: ¡Oh mujer, tu fe es grande! hágase conforme desees. Y su hija quedó curada en aquel mismo instante. (*Matt. XV. 22-28.*) Tales son los dichosos efectos de la perseverancia...

Si alguno de vosotros, dice Jesucristo, tiene un amigo, y va á buscarle durante la noche, diciéndole: Amigo mío, préstame tres panes, porque uno de mis amigos que está de viaje ha venido á mi casa, y no puedo darle nada; y si desde su casa el otro responde: No me importunes, la puerta está cerrada, y mis criados están acostados como yo; no puedo levantarme ni darte nada. Si, no obstante, el primero persevera y continúa llamando, es digo, que, aun cuando no se levantará, ni le dará nada como amigo, se levantará y le dará todo lo que necesite por ser tan importuno. Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y encontrareis; llamad, y se os abrirá. (*Luc. XI. 5.*)

¿Por qué, dice S. Agustín, se levanta el que está acostado para dar al que llama á la puerta? Porque éste no deja de llamar, y porque, no consiguiendo nada al principio, persevera en pedir. El que no quería dar, da, sin embargo, porque su amigo prosigue y no se cansa. ¿Cuánto más no ha de darnos Dios, que es tan bueno, si perseveramos, el que nos exhorta á pedir, él á quien desagradamos si no le pedimos! (*In verbis Dom.*)

(1) Tolle perseverantiam, nec obsequium mercedem habet, nec beneficium gratiam, nec laudem fortitudo. Sola est, cum aternitas redditur, vel potius qua aternitati hominem reddit, dicente Domino: Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit. (Epist. CXXIX).

(2) Perseverantia singularis est filia summi regis, virtutum fructus, earumque consummatio, totius boni repositorium: virtus sine qua nemo videbit Deum, neque á Deo videbitur; finis est ad justitiam omni credenti. Quis enim cursum prodest, et ante metam cursum delicere? Sic currite ut comprehendatis. (*Serm. de Obedient. ejusque gradib.*)

Esta violencia agrada á Dios, dice Tertuliano: *Hec vis grata Dei.* (De Orat.)

Al subir Jesús en una barca que era de Simon, le dijo: Anda más adentro del mar, y arrojad vuestras redes para que pesqueis. Simon le respondió: Maestro, hemos trabajado toda la noche sin coger nada; pero, mediando vuestra palabra, echaré la red. Y habiéndolo hecho, cogieron tanta cantidad de pescado, que sus redes se rompian. (Luc. V. 3-6). ¿Por qué esta milagrosa pesca? Por dos causas: la 1.ª porque habian perseverado en echar su red toda la noche, aun cuando no pescaban nada; y la segunda por la pronta obediencia de Simon...

No hay nada, dice Séneca, que no alcance una perseverancia fuerte y decidida. La vida bienaventurada está en el Cielo; pero la perseverancia penetra allí. Vergonzoso es sucumbir cobardemente bajo la carga, y pugnar contra su deber. El hombre enérgico y resuelto no huye del trabajo; la dificultad de las cosas no hace más que aumentar su valor (1).

El que fije sus miradas en la ley perfecta de la libertad y persista en ella, sin olvidar lo que ha oído y obrando según la ley, será dichoso en sus acciones, dice el apóstol Santiago: *Qui perseveravit in legem perfectam libertatis, et permanserit in ea, non auditor obliviosus factus, sed factor operis; hic beatus in facto suo erit.* (I. 25). Lo mismo dice Jesucristo en S. Juan: Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis todo lo que queráis, y os será concedido: *Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis.* (XV. 7).

Cualquiera que viva en Jesucristo no peca, dice el apóstol S. Juan. Y el hombre que guarda sus mandamientos vive en Dios, y Dios en él: *Omnis qui in eo manet, non peccat. Et qui servat mandata ejus, in illo manet, et ipse in eo.* (I. III. 6-24).

Sea Dios vuestra casa, dice el venerable Beda, y sed vosotros la casa de Dios vivid en Dios, para que Dios viva en vosotros. Dios vive en vosotros para reteneros y haceros perseverar; y vosotros vivís en Dios para no caer: *Sibi tibi domus Deus, et esto domus Dei: mane in Deo, ut maneat in te Deus. Manet in te Deus, ut te contineat; manes in Deo, ne cadas.* (In Epist. Joann.)

El que venga con la perseverancia, no será alcanzado por la segunda muerte, dice el Señor en el Apocalipsis: *Qui vicerit, non ledetur a morte secunda:* (II. 14); es decir, que estará exento del pecado, que separa el alma de su vida, de la gracia de Dios. La primera muerte es la que hiere el cuerpo en la vida actual; la segunda muerte es la que hiere el alma en el tiempo, y el cuerpo y el alma en el infierno?..

Daré de comer al vencedor un maná oculto, y le daré una piedra blanca; y sobre la piedra estará escrito un nombre nuevo, que nadie conoce más que el que lo recibe: *Vincenti dabo manna absconditum, et dabo illi calculum candidum; et in calculo nomen novum scriptum, quod nemo scit nisi qui accipit.*

(1) Nihil est quod non expugnet pertinax ac intenta et diligens cura. In excelsis est vita beata, sed perseverantia penetrabilis. Turpe est cedere oneri, et lactari cum offitio. Non est vir fortis ac strenuus, qui laborem fugit; et crescit illi animus, ipsa rerum difficultate. (Epist. I).

(Apoc. II. 17). Del que haya vencido hará una columna en el templo de mi Dios, y ya no saldrá más de allí, y sobre él escribiré el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios, de la nueva Jerusalem, que de mi Dios baja del Cielo, y mi nombre nuevo (1).

El que haya vencido, estará cubierto de vestidos blancos, y no borrará su nombre del libro de vida, y confesará su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles: *Qui vicerit, vestietur vestimentis albis, et non delebit nomen ejus de libro vite, et confitebor nomen ejus coram Patre meo, et coram angelis ejus.* (Apoc. III. 5).

Al que haya vencido le permitirá sentarse conmigo en mi trono, de la misma manera que yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono: *Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo, sicut et ego vici, et sedi cum Patre meo in throno ejus.* (Apoc. III. 21).

¡Cuántas ventajas, cuántas riquezas, cuánta felicidad y cuánta gloria para los que triunfan por medio de la perseverancia! La perseverancia encierra, pues, tesoros infinitos...

Decidido está; no nos alejamos ya de vos Señor, dice el Salmista, y nos devolvéis la vida; é invocaremos vuestro nombre: *Non discedimus a te, vivificabis nos, et nomen tuum invocabimus.* (LXXIX. 19). Y mi alma vivirá por vosotros: *Et anima mea vivet illi* (Psal. XXI. 32). Dichoso el hombre que en vos ha puesto su apoyo, y de vos espera su auxilio! Atravesada las arenas del valle de la muerte, halla manantiales de agua viva, caen sobre él las lluvias de otoño, y multiplica sin cesar su fuerza hasta que llega á presencia del Señor en la montaña de Sion, añade el Salmista (2).

Señor Dios de Israel, dice Salomón; conservad la alianza y la misericordia á vuestros servidores que andan con perseverancia en vuestra presencia con todo su corazón: *Domine Deus Israel, custodis pactum et misericordiam servis tuis, qui ambulant coram te in toto corde suo.* (III. Reg. VIII. 23).

Así que Dios ve una generosa perseverancia llena el alma de favores celestiales, y cuánta más fidelidad y ardor ve, más aumenta la gracia y la gloria. Dios dará todavía, dice Jesucristo, al que tiene y abundará: *Qui habet, dabitur illi, et abundabit.* (Matth. XIII. 12). Porque la gracia nace de la gracia, los progresos sirven para los progresos, los méritos para los méritos, los triunfos para los triunfos; de tal manera, que cuanto más nos esforzamos en perseverar perfectamente y adquirir, más numerosas y más grandes virtudes adquirimos; y cuánta más sabiduría sacamos del manantial de la sabiduría tanto más deseamos sacar. Apresuremos nuestra carrera, busquemos, pidamos, deseemos, llamemos hasta el fin, para poder alegrarnos sin término ni medida...

El que os llama es fiel, y él mismo os ayudará, dice el gran apóstol á los te-  
salonicenses: *Fidelis est Deus, qui vocavit vos, qui etiam faciet.* (I. v. 24).  
Facilidad de la perseverancia.

(1) Qui vicerit, faciam illum columnam in templo Dei mei et foras non egredietur amplius, et scribam super eum nomen Dei mei, et nomen civitatis Dei mei, novae Jerusalem, quam descendit de Caelo a Deo meo, et nomen usum novum. (Apoc. III. 12).

(2) Beatus vir, cujus est auxilium abs te, ascensiones in corde suo disposuit, in valle lacrymarum, in loco quem possit; etenim benedictionem dabit legislator; ibunt de virtute in virtute: videbitur Deus deorum in Sion. (LXXXIII. 6-8).

Dios es fiel; os afirmará, y os librará del mal: *Fidelis enim Deus est, qui confirmabit vos, et custodiet a malo.* (II. Thess. 3). En cuanto á vosotros, hermanos míos, no os conseis de obrar bien: *Vos autem, fratres, nolite desicere beneficientes.* (II. Thess. III, 13).

Tenemos en Dios esta confianza, que lo que os mandamos lo hacéis, y lo hareis: *Confidimus de vobis in Domino quoniam, quae precipimus, et facitis, et faciatis.* (II. Thess. III. 4).

Dios es fiel, y no sufrirá que seáis tentados de una manera superior á vuestras fuerzas, sino que pondrá tales límites á la tentación, que podáis vencerla: *Fidelis Deus est, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis; sed faciet etiam cum tentatione praeventum, ut possitis sustinere.* (I. Cor. X. 13).

Por lo que á tí te toca, hijo mío, escribe el mismo apóstol á su querido Timoteo, fortifícate en la gracia, que está en Jesucristo: *Tu ergo, fili mi, confortare in gratia, quae est in Christo Jesu.* (II. II. 4). Sufrid los trabajos como un buen soldado de Jesucristo: *Labora sicut bonus miles Christi Jesu.* (II. II. 3).

El Dios de las maravillas, dice el real Profeta, es vuestro Dios en todos los siglos y en la eternidad; nos conducirá hasta el fin: *Quoniam hic est Deus, Deus noster in aeternum; ipse reget nos in saecula.* (XLVII. 14).

Recibirán, dice la Sabiduría, el reino de gloria y la diadema de honor de manos de Dios; porque los cubrirá con su diestra, y los defenderá con su brazo omnipotente: *Accipiant regnum decoris, et diadema speciei de manu Domini; quoniam dextera sua teget eos, et brachio sancto suo defendet illos.* (v. 17). Dios guarda contra sus enemigos á los que perseveran, los defiende contra los seductores, los hace pasar por rudos combates para darles el triunfo, y los enseña cuanto es el poder de la sabiduría: *Custodivit illum ab inimicis, et a seductoribus tutavit illum. Et certamen forte dedit illi, ut vinceret, et secreta quoniam omnium potentia est sapientia.* (Sap. X. 12). Nien las cadenas los abandonó Dios, hasta que les entrega el cetro real y el poder: *Et in vinculis non dereliquit illum, donec offerret illi sceptrum regni et potentiam.* (Sap. X. 14). Da á los justos el premio de sus trabajos, les conduce por un camino maravilloso; les sirve de abrigo durante el día, y de luz durante la noche: *Deduxit illos in via mirabili et fuit illis in velamento diei, et in luce stellarum per noctem.* (Sap. X. 17).

A fin de que perseveren en las vías de la justicia, Dios vigila los pasos de los que le aman, dicen los Proverbios: *Servans semitas iustitiae, et viam Sanctorum custodiens.* (II. 8).

Combate por la justicia en pro de tu alma, dice el Eclesiástico; combate hasta la muerte por la justicia, y Dios combatirá por tí contra sus enemigos: *Pro iustitia agonizare pro anima tua, et usque ad mortem certa pro iustitia; et Deus expugnabit pro te inimicos tuos.* (IV. 33).

Cuando un cristiano empieza á vivir bien, dice S. Agustín, á darse con fervor á las obras santas y á despreciar el mundo, los cristianos tibios y cobardes se burlan de él y se ríen; pero, si persevera y se manifiesta superior á ellos con la paciencia; si continúa llevando la misma vida ejemplar, acaba por ver que los que le ridiculizaban empiezan á seguirle é imitarle. (In Psal.)

Los que me comen, dice la Sabiduría, tendrán todavía hambre, y los que

me beben, tendrán todavía sed: *Qui edunt me, adhuc esurient; qui bibunt me, adhuc sitient.* (Ecclesi. XXIV. 29). La perseverancia da esta hambre y esta sed del bien; entónces la practicamos sin trabajo, con facilidad, alegría, regocijo y dicha...

Dios es mi fuerza, dice el profeta Habacuc, y dará á mis piés la velocidad de los ciervos; y me conducirá á las alturas, cantando himnos en gloria suya: *Deus Dominus fortitudo mea, et ponet pedes meos quasi cervorum; et super excelsa deducet me victor in psalmis canentem.* (III. 19).

Gracias á Dios que nos hace triunfar siempre en Jesucristo, exclama el gran apóstol: *Deo gratias, qui semper triumphat nos in Christo Jesu.* (II. Cor. n. 14).

Muchos hay á quienes pueden aplicarse aquellas palabras de Jesucristo: Ese hombre ha empezado á edificar, y no ha podido concluir: *Hic homo cepit edificare, et non potuit consummare.* (Luc. XIV. 30). El que empieza á servir á Dios, y no persevera, y mira atrás, es la imágen y experimenta la triste suerte de un edificio comenzado, que no se termina y no llega á tener techo: se desmorona poco á poco, y cae por fin totalmente en ruinas.

Así es que, cuando Jesucristo curaba, ya á los enfermos del cuerpo, ya á los enfermos del alma, decía á los que habia curado por milagro: Ya estais curados; no pequeis más de aquí en adelante, conservad vuestra salud, no sea que os sorprenda un daño más grave: *Ecce sanus factus es; jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat.* (Joann. v. 14).

¿No os ha condenado nadie? Dijo Jesucristo á la mujer adúltera. Ella respondió: Nadie, Señor. Jesús le dijo: Y yo tampoco os condenaré: id, y no volváis á pecar: *Nemo te condemnavit? Quae dixit: Nemo, Domine. Dixit autem Jesus: Nees ego te condemnabo: vade, et jam amplius noli peccare.* (Joann. VIII. 10-11).

Cuando un espíritu inmundo, añade Jesucristo, salido de un hombre, anda errante por lugares áridos, buscando el reposo sin hallarlo, entónces dice: Volveré á la casa de donde he salido. Y volviendo, la encuentra libre, purificada de lo que la manchaba, y adornada. Entónces se va á buscar á otros siete espíritus más malos que él, y entran en la casa, y permanecen en ella, y el último estado de aquel hombre es peor que el primero: *Et fuit novissima hominis illius pejora prioribus.* (Math. XII. 43-45).

Ved lo que sucedió á la mujer de Loth...

El que ha puesto la mano en el arado, dice también Jesucristo, y mira atrás, no es apto para el reino de Dios: *Nemo mittens manum ad aratrum, et aspiciens retro, aptus est regno Dei.* (Luc. IX. 62).

Oíd las terribles palabras del Señor en el Deuteronomio: Maldito sea el que no permanece en los preceptos de mi ley, y no los da cumplimiento en sus obras! *Maledictus qui non permanet in sermonibus legis, nec eos opere perficit!* (XXVII. 26).

Saul habia empezado bien; pero no perseveró: por esto lo perdió todo, y pereció... Salomon habia comenzado bien; pero no perseveró: por esto la Escritura nos deja en una terrible duda sobre su salvación. Sanson habia comenzado bien; no perseveró; y los filisteos le arrancaron los ojos, y le obligaron á

Desgracia de no perseverar.

dar movimiento á una noria, como si fuese una bestia de carga, y le llenaron de burlas y ultrajes..

San Bernardo deplora de un modo muy patético la triste suerte de un desgraciado jóven que habia comenzado de una manera admirable, pero que fué relajándose de su primer fervor, miró atrás y se abandonó á grandes excesos. Me alijo amargamente por vos, hijo mio, le dijo; sufro mucho al considerar vuestra conducta; y con razon. ¿Quién no sufriría al ver que la flor de vuestra juventud, que habiais ofrecido á Dios en olor de suavidad, en presencia de los ángeles que estaban llenos de alegría, se halla ahora pisoteada por los demonios, manchada por el cieno de los vicios y del siglo corrompido? ¿Cómo, si erais llamado por Dios, seguir al demonio que os halaga? ¿Cómo, despues de haberos ya unido á Jesucristo, le habeis abandonado, habeis retirado y alejado vuestros piés de aquel camino, único de la verdadera gloria? (1).

El justo, dice la Escritura, permanece en la sabiduría inmutable como el sol; pero el insensato es variable como la luna: *Homo sanctus in sapientia manet, sicut sol; nam stultus ut luna mutatur.* (Ecl. XXVII. 12).

En el bautismo es donde empieza la marcha al Cielo; y para perseverar en esta via divina, se renuncia anticipadamente á los obstáculos que han de encontrarse; renunciamos solemnemente al demonio, sus pompas y á sus obras, y nos comprometemos, ante el Cielo y la tierra, á vivir y morir por Jesucristo; es decir, que tomamos el compromiso formal de perseverar en la práctica del bien y alejarnos del mal. Así pues, el que tiene la desgracia de no perseverar, olvida y desprecia todas estas resoluciones. Entonces viene un desquiciamiento total y deplorable; el que habia renunciado al demonio y al mundo, se halla ahora al servicio de Satanás, y del mundo, y del vicio; y de las malas inclinaciones, y del pecado. El que habia prometido no seguir ni servir más que á Jesucristo, llega á ser infiel, y ya no le quiere. Preferen Barrabás á Jesucristo: *Non hunc, sed Barabban.* (Joann. XXVIII. 40). Y más indigno ladron que Barrabás, el mundo todo lo esconden, arrebatan y quitan, la gracia y la virtud, el mérito y la gloria. Llegamos á decir como los judíos deicidas en tiempo de la pasion: *Nolumus hunc regnare super nos.* No queremos que Jesucristo reine sobre nosotros. (Luc. XIX. 41). Initamos al infame Judas que decia á los príncipes de los sacerdotes: ¿Qué quereis darme, y os lo entregaré? *Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum tradam?* (Matth. XXVI. 15). Satanás, mundo, concupiscencia, ¿qué quereis darme, y os abandono la inocencia de mi bautismo, mis promesas, mis votos, mi alma, mi salvacion, mi corona, mi gloria, mi Dios y mi eternidad?

¡Ay, qué grande es el número de los que no perseveran, y cuán pequeño es el número de los que tienen la dicha de perseverar en las vias de la perfeccion! La mayor parte empiezan bien, dice S. Jerónimo; sólo muy pocos per-

(1) Doleo super te, filii mi, Gaufride; doleo super te, et merito. Quis enim non doleat forem juventutis tue, quem, lectissimus angelis, Deo libitatum obtuleras in odorem suavitatis, nunc á demonibus concitari, vitorum spurcitiis et seculi ordibus inquinari? Quomodo qui vocatus eras á Deo, revocantem diabolum sequeris? Et quem Christus trahere coepit post se, repente pedem ab ipso introitu gloria retraxisti? (Epist. ad Gaufrid.)

severan: *Cœpisse, multorum est; ad culmen pervenisse, paucorum.* (Lib. super Matth.) Por esta razon dice el Evangelio: Muchos son los llamados y pocos los elegidos: *Multi vocati, pauci vero electi.* (Matth. XX. 16).

1.º La vigilancia. Tenga cuidado de no caer el que se crea firme, dice el gran Medios de per-  
apóstol: *Qui se existimat stare videat, ne cadat.* (I. Cor. X. 12). severar.

Marchais cargados de oro; tened cuidado del ladron, dice S. Jerónimo; *Onustus incedis auro; lairo tibi vitandus est.* (Epist.)

Vigilad sobre vosotros para no caer, dice el Ecclesiastico: *Attende tibi, ne incidas.* (XXIX. 27).

2.º Para perseverar hasta el fin, es preciso no perder de vista este fin.

3.º La aplicacion en las cosas de Dios. Se dice que María guardaba y meditaba en su corazon todo lo que decian los pastores y los otros testigos del nacimiento de Jesucristo; *Maria autem conservabat omnia verba hæc, confrens in corde suo.* (Luc. II. 19).

4.º Vivir todos los dias como si se empezase solamente la obra de su salvacion, ó como si fuese el último dia de la vida; y como se quisiera haber vivido en el momento de la muerte...

5.º Trabajar en presencia de Jesucristo y con él.

6.º Observar exactamente la ley de Dios. Si vuestra ley, Señor, dice el real Profeta, no hubiese sido mi ocupacion continua, yo habria perecido: *Nisi quod lex tua meditatio mea est, tunc periissem.* (CXVIII. 92).

7.º Marchad en presencia de Dios y de sus ángeles. Que vuestro viaje sea feliz, dijo Tobias; que Dios esté con vosotros en vuestro camino, y que su ángel os acompañe: *Bene ambuletis; et sit Deus in itinere vestro, et angelus ejus comitetur vobiscum.* (v. 21).

8.º Para perseverar es preciso, 1.º, reposar nuestra alma en Dios...; 2.º amar á Dios con todo nuestro corazon...; 3.º desear ardentemente adelantar en la virtud...; 4.º considerar cuántas grandes obras se pueden hacer con la voluntad firme y la perseverancia...; 5.º no olvidar que todas nuestras penas duran poco, y que la recompensa dura eternamente...; 6.º invocar al ángel Gabriel, que es el ángel de la constancia, y es llamado fuerza de Dios...

9.º Recordar que Dios no cambia, é imitarle: *Ego Dominus, et non mutor.* (Malach. III. 6).

10. Unirse fuertemente á la inmóvil peña de la Iglesia católica, apostólica y romana...

## PIEDAD. (Vease VIRTUD Y CRISTIANO).

¿Qué es piedad?

**E**l conocimiento y la ciencia de la piedad consisten, dice S. Jerónimo, en saber la ley, comprender á los profetas y crear en el Evangelio; *Agnitio et scientia pietatis est nosse legem, intelligere prophetas, Evangelio credere.* (Lib. super Math.)

Devocion, dice Sto. Tomás, viene de *oficio*: por cuya causa llamamos devotos á los que se dedican, se consagran á Dios para no pertenecer á otro. Así la devocion no es otra cosa que la voluntad de entregarse á lo concerniente al servicio de Dios, siendo, pues, un acto especial de la voluntad. (4. p. q. art. 6).

La piedad comprende la práctica de todas las virtudes.

Necesidad de la piedad.

**E**jercitate en la piedad, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo: *Exerce teipsum ad pietatem.* (I. IV. 7), es decir en todas las virtudes...

Excelencia y ventajas de la piedad.

La piedad es útil para todo, dice el gran apóstol; tiene las promesas de la vida presente y las de la futura: *Pietas ad omnia utilis est, promissionem habens vite, que nunc est, et futuræ.* (I. Tim. IV. 8).

La oblation del hombre piadoso engorda el altar, dice el Eclesiástico, y exhala suave olor en presencia del Altísimo. *Oblatio justi impinguat altare, et odor suavitatis est in conspectu Altissimi.* (XXXV. 8).

Medios para ser piadosos.

**H**ay cuatro cosas que alimentan y aumentan la piedad, dice S. Bernardo: 1.º el recuerdo de sus pecados, que da humildad á los hombres...; 2.º el recuerdo de las penas del infierno, que le estimula á obrar bien...; 3.º el recuerdo de la peregrinacion, que le lleva á despreciar las cosas visibles...; y 4.º el deseo de la vida eterna, que excita en el hombre el deseo de la perfeccion, y le impide que abandone jamás su voluntad á las criaturas... (*In Sentent.*)

## PLEITOS.

**D**e dónde nacen los pleitos, dice el apóstol Santiago, sino de las codicias? *Unde lites in vobis? nonne ex concupiscentiis vestris?* (IV. 1).

Los pleitos proceden ordinariamente 1.º de la injusticia..., 2.º de la avaricia..., 3.º del odio y 4.º de la locura...

Los pleitos proceden tambien de la intemperancia de la lengua, del orgullo y de la tempestad. Muchas veces una palabra, una injuria, un cuento falso ó una calumnia engendra pleitos...

1.º Los pleitos engendran mil cuidados, mil penas, mil pesares, peligros, ignominias, la ruina de las fortunas, etc... Muchas veces ocasionan más pérdida, aun ganándolos, que si se desistiese de ellos en un principio... La ganancia de pleito no es, por otra parte, siempre dudosa, aunque esté basada en las mejores pruebas... Es, pues, muy propio de un hombre cuerdo no entablar sin necesidad un pleito; detenedlo, si está empezado, ó haced por lo ménos todos los esfuerzos para arreglar la dificultad pendiente)...

2.º Los pleitos destruyen la paz y la caridad: la paz para uno mismo y la caridad para los otros; bienes infinitamente preciosos, que valen más que todas las ganancias de los pleitos...

3.º Los pleitos, á no ser que se corten, se multiplican prodigiosamente, llegan á ser interminables, y quitan toda posibilidad de conciliacion, como dicen los Proverbios: El malvado busca siempre y en todas partes pleitos, y contra él será enviado el ministro de la venganza: *Semper furgia querit malus; angelus autem crudelis mittetur, contra eum.* (XVII. 14.)

Más vale encontrarse con una fiera á quien le hayan arrebatado sus hijos que con un hombre amigo de pleitear. Por esta razon los sabios comparan el pleito á la serpiente, que, despues de haber metido la cabeza en un agujero, trata de introducir todo el cuerpo. Un pleito suscita otro pleito, y asi indefinidamente...

4.º Los pleitos dan nacimiento á las guerras interiores: en el alma del hombre amigo de pleitos arden continuamente mil pasiones, disputa sin cesar, y pleitea contra sí mismo. La ira, la codicia, los celos, la envidia y los deseos de venganza disputan entre sí y están en lucha abierta con la recta razon, que proscribe los pleitos...

Los pleitos arrastran consigo gritos, amenazas y odios. La pretendida sabiduria con que se quiere decorar el amor á la disputa, no es sabiduria. Puede aplicársele aquel pasaje del apóstol Santiago: No es esta la sabiduria que baja de arriba, sino una sabiduria terrestre, animal y diabólica. Pues donde se halla la envidia y la contienda está la inconstancia y todo lo malo... *Non est ista sapientia de sursum descendens, sed terrena, animalis, diabolica. Ubi enim zelus et contentio; ibi inconstantia, et nunc opus pravum.* (III. 15-16).

El manantial de todos los males es el orgullo: de ahí viene el odio en el

¿Cuáles son las causas ordinarias de los pleitos?

Desgracias, desordenas y estragos que causan los pleitos.



corazon: no queremos ceder ni reconciliarnos, y aún ménos buscar la reconciliacion ni pedir la nosotros mismos los primeros...

El hombre iracundo enciende los pleitos, dice el Eclesiástico: *Homo iracundus incendit litem.* (XXIII. 11).

El amor á los pleitos, dice S. Laurencio Justiniano, es una flecha abrasadora del demonio para perder las almas. ¡Oh! ¡cuántas disputas y cuántos odios originan los pleitos! ¡Oh! ¡cuántas veces está oculta la verdad, y cuántas veces lo falso se sostiene con impudencia, en vez de la verdad! Es un mal horrible el ser amigo de los pleitos: ellos destruyen la caridad y los lazos de afeccion hasta en las familias. El que se place en los pleitos, ama al maligno espíritu y oye sus consejos; hace las funciones de demonio y es ministro suyo, mata la paz, subleva las tempestades, y engendra el rencor; alimenta el furor, denigra la honradez, pierde la sabiduría, confunde la razon, cubre de tinieblas la vista del espíritu, rechaza la luz de la gracia, quebranta la caridad fraternal, y apaga en sí mismo el amor de Dios y del Cielo. (*De inter. Conflictu.*)

Absteneos de los pleitos, y disminuirán vuestros pecados, dice el Eclesiástico: *Abstine te a lite; et minues peccata.* (XXIII. 10).

## POBREZA.

Dios no se engaña nunca, ni puede engañarse. Así pues él nos declara que los ricos se hallan entregados á la desgracia: ¡Desgraciados de vosotros, ricos! dice: *Va vobis, divitibus!* (Luc. IV. 24). Y por el contrario, empieza su discurso de la montaña con las siguientes palabras: Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los Cielos: *Beati pauperes, quoniam ipsorum est regnum colorum.* (Matth. v. 3).

La pobreza tiene por dote la dicha.

La verdad habla, como dice S. Bernardo, esa verdad que no puede engañarse ni ser inducida á error; y ella nos dice: ¡Bienaventurados los pobres! Hijos insensatos de Adán, buscáis riquezas, y las deseáis; en tanto que Dios proclama la dicha de los pobres, la anuncia el mundo, y la creen los hombres sobre quienes bajan las luces de la gracia: Que el pagano busque riquezas, él que vive sin Dios; que los judíos las busquen también, ellos que han recibido las promesas de la tierra, esto se concibe; pero cómo se ha de atrever el cristiano á buscarlas ó deseárlas, despues que Jesucristo ha declarado bienaventurados á los pobres? (*Serm. in Fest. omn. Sanct.*)

El oro y las riquezas son una carga pesada que agobia á los que la llevan. Bienaventurados los pobres de espíritu: *Beati pauperes spiritu* (Matth. v. 3); es decir, segun la interpretacion de S. Jerónimo, de S. Basilio y de S. Bernardo: Bienaventurados los que son pobres por una voluntad inspirada por el Espíritu Santo. La expresion *pobre de espíritu* indica el fin de la pobreza; significa que el espíritu debe despreciar las riquezas, amar sólo los bienes espirituales, y no tratar más que de alcanzar estos últimos.

Lázaro el mendigo murió, y fué trasladado por los ángeles al seno de Abraham, dice Jesucristo. El rico murió también, y fué sepultado en los infiernos: *Factum est ut moreretur mendicus, et portaretur ab angelis in sinum Abrahæ. Mortuus est autem et dives, et sepultus est in inferno.* (Luc. XVI. 22).

¿Habeis visto á Lázaro en el vestibulo del rico? dice S. Crisóstomo? Vedle hoy en el seno de Abraham. ¿Le habeis visto cuando los perros lamian sus llagas? Vedle rodeado de ángeles. ¿Le habeis visto en su gran pobreza? Vedle colmado de bienes. ¿Le habeis visto languidecer de hambre? Vedle colocado entre delicias. ¿Le habeis visto en el combate? Vedle llevando la corona de vencedor. ¿Le habeis visto trabajando? Vedle recompensado. Porque Lázaro ha sido pobrísimo y muy despreciado en la tierra, es riquísimo y muy honrado en el Cielo. (*Concion. II de Lázaro.*)

El rico murió, y fué sepultado en los infiernos, dice Jesucristo. (Luc. XVI. 22). ¿Dónde se encuentra la verdadera dicha?... El pobre, dice S. Agustín, ha comprado la felicidad mendigando, y el rico un suplicio eterno poseyendo: *Pauper beatitudinem emit mendicitate, et dives supplicium facultate.* Serm. CCXXXVIII).

¿Queréis, ricos, ser felices? Escuchad al real Profeta: Dichoso, dice, dichoso

el que toma parte en los males y los alivia. Será siempre inquebrantable; *Jucundus homo qui miseretur et commodat; in aeternum non commovebitur.* (C. XI. 5). Ha esparcido sus dones sobre el pobre; su justicia subsistirá en todos los siglos; su fuerza será coronada de gloria. *Dispersit, dedit pauperibus: justitia ejus manet in saeculum saeculi; cornu ejus exaltabitur in gloria.* (CXI. 9). Este es el camino que deben seguir los ricos para llegar á la felicidad. No serán dichosos sino por los pobres...

Consolaos, pobres, dice S. Agustín; vosotros que mendigais y vivís de limosnas, consolaos: vuestra tribulación se convertirá en alegría, y vuestro dolor en regocijo. No mireis vuestra pobreza como una desgracia, ni murmureis jamás de Dios; porque el Señor es justo y misericordioso en todas sus obras. Hace á los pobres para que, sufriendo una indigencia de poca duración, puedan adquirir la vida eterna; y hace á los ricos para que distribuyan abundantes limosnas, y consigan con tal medio el perdón de sus pecados. Por cuya razón sed pacientes, y esperad la justicia del Señor. (Serm. VII).

El pobre bebe solamente gota á gota el cáliz de amargura, y beberá mucho y eternamente en el río de vida. Su pobreza se convertirá en una opulencia eterna...

En vez de la alegría que experimenta el rico por tener tierras, casas y oro, el pobre, dice Casiano, recibirá aún en este mundo bienes muchísimos más preciosos. Adoptado como hijo de Dios, poseerá todo lo que el Padre posee, ya en amor, ya en fuerza; y podrá decir, á imitación de Jesucristo: Todo lo que el Padre tiene, es mío: *Omnia, quae habet Pater, mea sunt.* (Joann. XVI. 15). Lleno de alegría y de seguridad, tendrá las mismas riquezas de Dios que enumera el apóstol cuando dice: Todo es vuestro, ya el mundo, ya la vida, ya las cosas presentes, ya las futuras; todo es vuestro, y vosotros sois hijos de Cristo, y Cristo es de Dios; *Omnia vestra sunt, sive mundus, sive vita, sive mors, sive presentia, sive futura: omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei.* (I. Cor. III. 22. 23.—Collat.)

El pobre que está sometido á la voluntad de Dios es verdaderamente dichoso...

Necesidades de la pobreza.

Los que no tienen tierra, ni casa, ni monedas de oro ni de plata, son pobres á los ojos del mundo ciego; pero son ricos á los ojos de Dios... Son pobres de los bienes del siglo; pero son ricos de los de Jesucristo...

Las verdaderas riquezas no se componen de los bienes de este mundo...; consisten en la gracia, la virtud y la amistad de Dios...

¿Quién es el pobre? El que necesita lo que no tiene, dice S. Gregorio. Pues es rico el que, sin tener nada, nada desea. La pobreza consiste en la indigencia del alma, y no en la suma de riquezas que hace falta. Efectivamente; el que se halla bien en la pobreza, no puede llamarse pobre (1).

El pobre que tiene la fe y las obras es riquísimo; y por el contrario, el rico que se conduce mal y es avaro, impío y escandaloso, es pobrísimo...

(1) Ille pauper est, qui eget eo quod non habet; nam et qui non habens habere non appetit; dives est. Pauperitas quippe in inopia mentis est, non in quantitate possessionis; nam, cui cum paupertate bene convenit, non est pauper. (Lib. XVI. Epist. CXV).

De todos los bienes y de todas las riquezas de la tierra Jesucristo no tomó más que dos cosas, un pesebre en su nacimiento, y una cruz en su muerte!... Nace pobre en un establo arruinado, y pasa su vida entera en la más absoluta estrechez. El mismo lo hace notar: las raposas, dice, tienen sus madrigueras escondidas, y las aves del Cielo sus nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reposar su cabeza: *Vulpes foecae habent, et volucres Caeli nidos; Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet.* (Luc. IX. 58). María, su santísima madre, es pobre; la casa que habita, es mezquina, y no quiere á ricos por apóstoles. Dios ha escogido lo que el mundo tiene por insensato para confundir á los sabios, dice S. Pablo, y lo que el mundo tiene por débil para confundir á los fuertes, y lo que el mundo tiene por bajo y despreciable, y lo que no es para destruir lo que es, á fin de que ninguna carne pueda delante de él gloriarse. (I. Cor. I. 27-29).

Jesucristo, los apóstoles y los primeros cristianos practicaban á la letra la pobreza. Cuando tenemos alimento y vestido, podemos estar satisfechos, escribe S. Pablo á su discípulo Timoteo: *Habentes alimenta, et quibus tegamur, his contentissimus.* (I. VI. 8).

Hablando de los primeros fieles, las Actas de los Apóstoles se expresan del modo siguiente: Nadie decía que ninguna de las cosas que tenía fuese suya, sino que todo era común á todos: *Nec quisquam, eorum quae possidebat, aliquid suum esse dicebat, sed erant illis omnia communia* (Act. IV. 32).

Mirad á los príncipes de la santidad, S. Antonio, S. Francisco de Asís, san Francisco de Borgia, S. Ignacio de Loyola, Sta. Isabel de Hungría, etc... ¡En cuánta estimación tienen á la pobreza, y como la prefieren á todos los bienes de tierra!

¿Veis las órdenes religiosas en su nacimiento: ¿Es posible indigencia más absoluta que la suya? Cuando permitiéndolo Dios, algunos de ellos han caído en la relajación, la riqueza ha sido la causa de tanto mal...

Al mismo tiempo que entra en un claustro el dinero, salen el espíritu de Dios, los bienes de la gracia y la vocación del Cielo...

¿Veis cuántas limosnas distribuyen los buenos cristianos...

Jesucristo, dice S. Ambrosio, subió desnudo á la cruz. El que se prepare á venerar al mundo, despojese, y no busque vestidos, es decir, bienes del mundo. Adán, que trató de cubrirse, fué vencido; José, que supo abandonar su capa, quedó victorioso (1).

Conoceis, dice S. Pablo á los corintios, conoceis la ternura de Nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, á fin de que con su pobreza llegáseis á ser ricos: *Solis gratiam Domini nostri Jesu Christi, quoniam, propter vos, egenus factus est, cum esset dives, ut illius inopia vos divites essetis.* (II. Cor. VIII. 9).

¿Qué serán, pues, las riquezas de aquel cuya pobreza nos ha enriquecido? exclama S. Agustín: *Quid facturo sunt divites ejus, cujus paupertas nos divites fecit?* (In Epist. ad Cor. II).

(1) Nudus crucem ascendit (Christus). Talis ergo ascendat, qui saeculum vincere parat, et saeculi vestimenta non querat. Victus est Adán, qui vestimenta quaevisit; victus ille, qui vestimenta deposuit. (Lib. I. Ofic. c. IV).

Ejemplos de Jesucristo y de los santos.

Los hombres entregados al placer, dice el mismo Padre, desean la riqueza que les es pernicioso; Jesucristo, por el contrario, quiso ser pobre. (*De vera Religione*, c. XV).

San Justino hace el siguiente retrato de los cristianos de su tiempo: Toda extraña es su patria, y toda patria es para ellos como extraña. Tienen un cuerpo de carne, pero no viven según la carne; habitan la tierra, pero su espíritu está en el Cielo; son pobres, y enriquecen muchísimas personas; carecen de todo, y lo tienen todo en abundancia (1).

Hasta algunos paganos han apreciado la pobreza y han dado ejemplo de esta virtud. Habiendo sido tomada por asalto la patria de Bias, este filósofo se retiró sin llevar nada. Y habiéndoselo alguno hecho notar, respondió: Llevo todos los bienes conmigo: *Omnia mea mecum porto*. (Diog. Laert. de Vit. phil.)

Habiendo Alejandro, rey de Macedonia, enviado cien talentos á Focion, que era pobre, éste preguntó por qué razón y con qué mira le hacia Alejandro aquel regalo.—Es que os juzga el único hombre de bien, y el único virtuoso entre todos los atenienses, le dijeron.—Que me permita, pues, replicó, pasar por tal, y serlo efectivamente. (*Ita Elian., lib. II*).

Epaminondas vivía también en la pobreza. Artajerjes, rey de los persas, le envió ricos presentes para obtener la alianza de los tebanos; pero aquel gran capitán ni siquiera quiso permitir que se los presentasen. Si vuestro amo, dijo al embajador, no quiere más que cosas ventajosas para mi patria, es inútil que me solicite; pero, si sus intenciones son contrarias á mis deberes, no es bastante rico para comprar mi sufragio. (*Plutarch.*)

El famoso Aristides no dejó con qué pagar sus funerales. (*Ejusd.*)

La pobreza es un honor y una gloria. Ser pobre, dice Mucio Félix, no es una infamia, sino una gloria. El que nada codicia, no es pobre; es rico en Dios. (*Octav.*)

El pobre, es verdad, alarga una mano suplicante, dice S. Juan Damasceno; pero es Dios el que recibe: *Pauper quidem supplicem manum extendit; Deus autem est qui accipit*. (Parallel. III. c. XXXVII).

Todos los pobres, dice S. Ambrosio, no son Santos, y todas las riquezas no son criminales; pero, así como el vicio deshonra ordinariamente á las riquezas, la santidad acompaña muchas veces á la pobreza, y la hace recomendable. (*In Matth.*)

Haceos superiores á la pobreza, dice Séneca; nadie vive en una estrechez tan absoluta como cuando nació: *Contemnite paupertatem; nemo tam pauper vivit quam natus est*. (Epist. ad Lucid.)

¡Oh! ¡qué grande es la dignidad del pobre! exclama S. Crisóstomo.

Dios se ocultó bajo el velo de la pobreza. (*Apud Maxim., Serm. XII*).

Ante la vista de los sabios, ante la vista de la Iglesia, los pobres tienen una dignidad especial. Podemos aplicarles las palabras del Evangelio: Los últimos serán los primeros: *Erunt novissimi primi*. (Matth. XIX. 30).

(1) Omnis peregrina regio patria eorum est, et omnis patria est peregrina. In carne sunt, sed non secundum carnem vivunt: in terra degunt, sed in Cælo conversantur: pauperes sunt, et multum ditant: omnibus indigent, et omnibus abundant. (*Epist.*)

La Iglesia concede á los pobres la preeminencia, puesto que no admite á los ricos en su seno sino con la condición de que han de servir á los pobres. Para éstos reserva sus gracias más preciosas y sus más dulces bendiciones. La Iglesia es la ciudad de los pobres, la ciudad de libertos. La indigencia y las aliciones, sobre todo si se sufren religiosamente, hacen que el hombre sea verdaderamente grande y respetable: Llevad á mi casa á los pobres y á los débiles, á los ciegos y á los cojos, dice Jesucristo: *Pauperes ac debiles, cæcos et claudos, introduc huc*. (Luc. XIV. 21).

Es una ceguedad deplorable no honrar á los pobres, á los que el mismo Dios ha hecho el honor de dar la preeminencia en su Iglesia...

Al ver, Abraham á los pobres, dice S. Pedro Crisólogo, se olvida de que es amo y se constituye servidor suyo: Aquel gran patriarca respetaba ya á Jesucristo en su persona. (*Serm. VII*).

Los pobres son los porteros del Cielo; tienen el privilegio de abrirlo ó de cerrarlo á los ricos.

Jesucristo se desposó con la pobreza, y la ennoblecó con esta alianza.

San Ambrosio cita varias razones para demostrar que se han de conceder favores y beneficios á los pobres antes que á los ricos: 1.º dice: Jesucristo quiere que invitemos para las bodas á los pobres, y no á los ricos... 2.º Cuando invitamos á los ricos, corresponden; pero, no pudiendo los pobres corresponder por sí mismos, encargan á Dios que nos recompense, á Dios que se ha constituido en fiador, y aún en deudor suyo... 3.º El rico desprecia muchas veces el beneficio, y no se cuida de la obligación de manifestar reconocimiento; el pobre, por el contrario, recibe con reconocimiento el menor favor... 4.º El pobre devuelve más de lo que recibe; ora por sus bienhechores, y consigue la remisión de los pecados que han cometido, gracias numerosas para ellos, y la gloria eterna. (*Offic., lib. II. c. III*).

Eligiendo la pobreza, Jesucristo la hizo digna de alabanzas y de honor. Cuando honramos á los pobres, honramos, pues, y glorificamos al Salvador de los hombres.

El pobre es omnipotente. Lo vemos por el apóstol, S. Pedro: No tengo plata ni oro, dijo el cojo que pedía limosna; pero te daré lo que tengo: en nombre de Jesús de Nazareth levántate y anda: *Argentum et aurum non est mihi; quod autem habeo, hoc tibi do: in nomine Jesu Nazareni surge, et ambula*. (Act. III. 6).

Dios, dice el apóstol Santiago, ha elegido á los pobres en este mundo para ser ricos en la fe y herederos del reino que Dios ha prometido á los que le aman: *Nonne Deus elegit pauperes in hoc mundo, divites in fide, et heredes regni, quod repromisit Deus diligentibus se?* (II. 5). Dios ha elegido á los que no poseían los bienes de la tierra, y les ha prodigado las riquezas de la fe; á los que no pagaban el censo, y les ha dado la inteligencia de las cosas divinas. Vemos por las palabras del apóstol que el oro y la plata no son verdaderos bienes, sino tan sólo la fe y las virtudes á que dan origen; tampoco la falta de riquezas precederá constituya la pobreza, sino que la constituyen la codicia y la impiedad. ¡Oh! ¡cuántos ricos son muy pobres, y cuántos pobres son muy ricos!...

Los pobres son los favoritos de Dios.

Los pobres son los herederos del reino de Dios: *Heredes regni*. Puesto que el reino de Dios es para los pobres, dice S. Ambrosio, ¿hay alguien más rico que ellos? *Quom regnum Dei pauperum sit, quid locupletius esse potest?* (Serm. X).

Las causas por las que Dios ha preferido asegurar a los pobres, más bien que a los ricos, los bienes de la fe y la herencia de su reino, son evidentes.

La primera es que la distribución conveniente de los bienes exige que los que carezcan de riquezas en la tierra, tengan las del Cielo en abundancia; y que, por el contrario, que los que están llenos de bienes en este mundo estén privados de los de la otra vida...

La segunda es que la riqueza da la ambición, la avaricia, la gula, la lujuria, el orgullo, la vanidad y todos los vicios que precipitan al infierno; en tanto que la pobreza inspira la humildad, la sobriedad, la continencia, la castidad, la modestia y todas las virtudes que conducen al Cielo... La pobreza, dice S. Bernardo, tiene grandes alas, con las que podemos levantarnos rápidamente hasta la mansion de los Santos. (*Serm. IV de Adventu.*)

La tercera es que, despreciando al mundo, los pobres compran de Dios la eternidad dichosa. Como él, renuncia á todo, y principalmente á los deseos; llega á ser su dador, y les concede su reino. Por esto dice S. Gregorio Nazianceno: ¡Dichoso el que emplea toda su fortuna en comprar á Jesucristo!

*Felix qui Christum fortunis omnibus emit!*  
(Carm. de Beatitudine).

¿Qué cosa hay más gloriosa para el hombre que vender sus bienes y comprar á Jesucristo? dice á su vez S. Agustín: *Quid gloriosius homini, quam sua vendere, et Christum emere?* (Serm. ultim. de diversis).

La cuarta es que Dios busca un corazón vacío de las cosas de la tierra para entrar en él y poseerlo por entero. Por otra parte, el rico, que no piensa más que en el oro y la plata, no se cuida mucho de los bienes eternos; pero el pobre, que no puede ocuparse de los bienes de la tierra, que no tiene, busca los del Cielo, que espera.

Dios no se ha olvidado de los bienes de los pobres, dice el real Profeta: *Non est oblitus clamorem pauperum*. (IX. 13). El pobre no caerá nunca en olvido, y la paciencia desplegada por los pobres no perecerá: *Quoniam non in finem oblitio erat pauperis; patientia pauperum non peribit in finem*. (Psal. IX. 19). Señor, os ha sido abandonado el pobre, y seréis el apoyo del huérfano: *Tibi derelictus est pauper; orphanu tu eris adjutor*. (Psal. X. 14). El Señor es el refugio del pobre, es su auxilio en la necesidad en el día de la tribulación: *Factus est Dominus refugium pauperi adjutor in opportunitatibus, in tribulatione*. (Psal. IX. 40). El Señor ha sido el deseo del pobre: vuestro oído, ó Dios mio, ha escuchado las preeces de su corazón: *Desiderium pauperum exaudivit Dominus: preparationem cordis eorum audivit auris tua*. (Psal. X. 17). Sed el justo juez del huérfano y del hombre de baja condiccion: *Judicente pupillo et humili*. (Psal. X. 18). El Señor saca al indigente del polvo, y levanta al pobre de encima de su muladar, para colocarle entre los príncipes, entre los príncipes de su pueblo: *Suscitans a terra inopem, et de stercore erigens pau-*

*perem; ut collocet eum cum principibus, cum principibus populi sui*. (Psalmo CXII. 7-8).

Oprimir al indigente es insultar al que le ha creado, y tener lástima del pobre, es honrar á Dios, dicen los Proverbios: *Qui calumniatur egentem, exprobrat factori suo; honorat autem Deum, qui miseretur pauperis*. (XIV. 31).

Dios extiende su proteccion sobre los pobres que el mundo abandona, rechaza y oprime; toma por ellos el cuidado que una madre toma por sus hijos. Los pobres tienen á Dios por tutor, y por ecónomo á Dios, que rige los Cielos y ante quien se prosternan los soberanos del mundo. Por esta razon dijo Jesucristo: En verdad os lo digo; lo que habeis hecho al más pequeño de mis hermanos, lo habeis hecho á mí mismo: *Amen, dico vobis, quandiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis*. (Math. XXV. 40). Por esto pronunciará en el día del juicio una sentencia de bendiccion á favor de los hombres que hayan cuidado de los pobres, y una sentencia de maldiccion contra los avaros y los ricos que los hayan despreciado y no hayan tenido entrañas para ellos... Al encarnarse, al venir al mundo, el Verbo Eterno ha honrado, consagrado y dedicado en cierto modo la pobreza; porque unió con ella hipóstáticamente su humanidad. El pobre es, pues, la viva imagen de Jesucristo pobre, como dice S. Francisco de Asís. (*Regul. c. VI*).

Dios, que se basta á sí mismo, está infinitamente sobre todas las criaturas; el pobre, que es humilde, desprecia las cosas de la tierra, no desea más que las del Cielo y descansa en Dios; es superior á la mayor parte de los hombres, tristemente esclavos de los bienes del mundo...

La boca del pobre es la boca de Dios, y el oído de Dios es el oído del pobre: Dios le escucha, y le oye siempre; por cuya razon es ante el omnipotente. Jesucristo promete su reino á los pobres, el consuelo á los que lloran, el aliento á los hambrientos, y la alegría eterna á los que padecen. Todos los derechos, todas las gracias, todos los favores y todos los privilegios del Evangelio son para los débiles, para los indigentes y para los que padecen...

La pobreza es un puerto tranquilo, dice S. Crisóstomo: *Paupertas est portus tranquillus*. (Homil. ultima in Matt.)

Guardaos, dice S. Bernardo, guardaos de amar los bienes cuya posesion es una carga, cuyo amor mancha, y cuya pérdida desgarrar: *Noli amare bona que, possessu, onerant; amata, inquinant; amissa, cruciant*. (Epist. CIII).

Hemos de luchar desnudos contra los demonios desnudos, dice S. Gregorio: *Nudi cum nudis (demonibus) luctari debemus*. (Homil. XXXII. in Evang.) Porque, añade, si un hombre vestido lucha contra otro que no lo está, ha de ser indablemente derribado, teniendo su adversario por donde cogerlo. ¿Y qué son los bienes de la tierra sino los vestidos del cuerpo (1)?

La pobreza quita al hombre mil cuidados é inquietudes... Le aleja de las criaturas para inclinarse á entregarse al Creador, en quien se halla la felicidad suprema. Entonces puede decir con el Salmista: El Señor es la parte que cons-

(1) Nam si vestitus quisquam cum nudo luctatur, citius ad terram dejicitur, quia habet unde teneatur. Quid enim sunt terrena omnia, nisi quedam corporis indumenta? (Ut supra).

lituye mi herencia; es la copa que me está reservada: Sois vos mismo, ó Dios mio, que me devolveis lo que debía ser mi patrimonio: *Dominus pars hereditatis meae et calicis mei; tu es qui restitues hereditatem meam mihi.* (XV. 6). ¿Qué hay para mí en el Cielo, y qué he deseado de vos en la tierra? Dios de mi corazón, que sois mi herencia por toda la eternidad: *Quid mihi est in Caelo? et a te quid volui super terram? Deus cordis mei, et pars mea Deus in eternum.* (Psal. LXXIII. 24-25).

La pobreza voluntaria es el camino de la salvación, la nodriza de la humanidad, la raíz de la perfección... Cuando se desprecian los bienes del mundo, se alcanzan los del Cielo...

Somos pobres, dice el apóstol de las gentes, y enriquecemos á los demás; no tenemos nada, y todo lo poseemos: *Sicut egentes, multos autem locupletantes; tanquam nihil habentes, et omnia possidentes.* (II. Cor. VI. 10). El pobre voluntario es libre..., amo..., vencedor..., rey..., dichoso..., ó indinatamente rico...; descansando en Dios, está exento de cuidados...

La pobreza es una reina que forma parte de la comitiva de Jesucristo...

La pobreza, dice S. Francisco de Asís, es un tesoro oculto, para cuya compra es preciso vender todo lo demás y despreciar lo que no se puede vender. Todos los bienes de la tierra no son nada, comparados con el valor de la pobreza. (*Regul., c. VI*). Es lo que dijo Jesucristo á un jóven: Si queréis ser perfecto, id, vendid lo que tenéis, y dadlo á los pobres, y tendréis un tesoro en el Cielo; venid luego, y seguidme: *Si vis perfectus esse, vende, vende qui habes et da pauperibus, et habebis thesaurum in Caelo; et veni sequere me.* (Matth. XIX. 21).

¡Cuán grande, dice S. Agustín, es la dicha de los cristianos, á quienes se ha concedido el poder de comprar el reino de los Cielos con la pobreza! Guardaos de creerla desagradable. No puede hallarse nada más precioso. ¿Queréis conocer lo que vale? Comprad el Cielo (1).

Observad que Jesucristo no dice: Bienaventurados los pobres, porque se les dará el Cielo, ó el Cielo les pertenecerá; sino: Bienaventurados los pobres, porque suyo es el reino de los Cielos. *Beati pauperes, quoniam ipsorum est regnum Caelorum.* (Matth. V. 3). El cielo es en la actualidad suyo, les pertenece ya, pueden tener esta certidumbre: *Ipsorum est regnum Caelorum*. Jesucristo pone la pobreza en el número de las ocho bienaventuranzas, y la pone en primer lugar...

¡Qué locura, dice S. Crisóstomo, colocar vuestras riquezas en donde no habéis de vivir, y no colocarlas en donde habéis de ir para siempre! Colocad vuestros tesoros en vuestra patria, que es el Cielo. (*Homil. XLVIII*).

El alma del pobre que se somete voluntariamente á la pobreza, brilla como el oro, respalmece como el diamante, y tiene la hermosura y el perfume de la rosa.

La pobreza no teme la polilla ni á los ladrones: No es la esclava del demonio, ni se coloca entre los cortesanos de los reyes, sino que se pone entre las

(1) Felicitas magna christianorum, quibus datum est, ut paupertatem faciant pretium regni Caelorum. Non tibi displicet paupertas tua; nihil ea potest ditius inveniri. Vis nosse quam locuples sis? Caelum emit. (*Serm. XXVIII. de verbis Apod.*)

servidores de Dios y coloca su tesoro, no en la tierra sino en el Cielo... La pobreza no tiene coche, ni caballos de raza, ni criados, ni aduladores; pero el que se levanta sobre las nubes y ha de ir al Cielo llevado por los ángeles, necesita acaso semejantes trenes? Ha de habitar en Jesucristo; ¿necesita acaso otra cosa? Ni el Divino Salvador, ni los apóstoles tuvieron nada de esto; y sin embargo, la Iglesia brilló con una luz viva, el mundo pagano rompió sus ídolos, destruyó sus templos, y se convirtió. Por haber renunciado los primeros cristianos á los bienes de la tierra y haberlos distribuido á los pobres, se verificaron tantas maravillas...

La pobreza conduce á la perfección y al Cielo, así como la codicia nos lleva á todos los males y al infierno.

La pobreza: 1.º pone al abrigo de la riqueza, de los honores y de los placeres, que son el manantial y el alimento de todos los vicios...; 2.º engendra la humildad, que es el principio de la santidad...; 3.º es el camino de la salvación, la madre de todas las virtudes, la raíz de todos los árboles que llevan buenos frutos...; 4.º La pobreza voluntaria no conoce los cuidados; procura practicar el bien, de la misma manera que la abeja que se consagra enteramente al cuidado de hacer sus panales...; 5.º La perfección consiste en el amor de Dios y del prójimo; y la pobreza nos hace conseguir estas dos virtudes, pues destruye lo tuyo y lo mio, de donde vienen las disputas, los odios, la envidia, los pleitos, las injusticias, las guerras y las revoluciones: por otra parte, alejando al hombre del amor á los bienes de la tierra, le apega únicamente á Dios, y le inclina á no tener otro amor. Y cuando se tiene á Dios, nadie puede considerarse digno de lastima; nada falta...

Objetarán algunos que para tener el mérito de la pobreza voluntaria, no es necesario renunciar á la riqueza, y que basta no aficionarse á los bienes de la tierra. Es verdad: guardar los bienes de la tierra sin afección, es cierta pobreza que tiene su mérito; pero es muy inferior á la pobreza real, que no sólo sacrifica el amor á la riqueza, sino la riqueza misma. En efecto; es difícil no tener cierta afección á una cosa que se conserva. El hombre que duerme, y durante su sueño es sorprendido, y le atan, sólo cuando se despierta conoce el estado en que se halla. Así es que los que están unidos por cierta afección á sus riquezas, no lo conocen hasta el momento en que las pierden ó las abandonan.

Cualquiera que deje su casa, dice Jesucristo, ó á sus hermanos, ó á sus hermanas, ó á su padre, ó á su madre, ó á su mujer, ó á sus hijos, ó á sus campos, á causa de mi nombre, recibirá el céntuplo y poseerá la vida eterna (1).

Por el céntuplo entiende S. Ambrosio á Dios, porque Dios se constituye en padre y madre, hermano y hermana del que todo lo renuncia por él. Y el hombre que tiene á Dios por herencia, posee la naturaleza entera: *Cui portio Deus est, totius possessor est nature.* Dios es su campo, y este campo es bastante vasto, bastante rico y fértil; le basta, porque produce siempre frutos

(1) Omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam aeternam possidebit. (*Matth. XIX. 29*).

abundantes, excelentes é imperecederos. Dios es su morada, y le basta, porque es el palacio de la eternidad... ¿Qué cosa más preciosa que Dios? ¿Qué cosa más espléndida que el Cielo? ¿Qué felicidad comparable á la que da la posesion del Señor? (In *Matth.* c. *XIX*.)

El que es rico segun Dios, es pobre en oro, dice S. Agustin: *Deo dives, est inops auri.* (Serm. XXVIII de verbis Apost.)

El que es rico segun Dios, dice el venerable Beda, no debe amontonar tesoros, sino distribuir lo que posee á los pobres: *Qui vult in Deum esse dives, non sibi thesaurizat, sed pauperibus possessa distribuat.* (In *Evang. Luc.*, c. XII.)

El Cielo pertenece á los pobres, y allí envian ellos á sus bienhechores...

El que no tiene nada en la tierra, es rico en el Cielo, dice S. Cipriano; os ser celestial, angélico y divino. Efectivamente; de lo alto de los Cielos, los bienaventurados ángeles miran con desden este pequeño punto que se llama tierra, sus bienes y sus riquezas, y les causa risa; porque es propio de una alma grande y generosa no admirar más que á Dios (1).

La pobreza, dice S. Juan Climaco, es una abtizacion de los cuidados del siglo, un camino sin obstáculos hácia Dios, la expulsion de toda tristeza, el fundamento de la paz, y la pureza de la vida; nos exime del cuidado de los bienes de la tierra, y nos conduce á la observacion perfecta de los mandamientos de Dios. (*Grad.* XVII.)

Con la pobreza renunciamos á objetos de poco valor, y entramos en el goce de bienes de un gran precio, dice S. Jerónimo: *Parva dimissimus, et grandia possidemus.* (Lib. super *Matth.*)

Si nada tenéis en la tierra, dice el mismo Padre, estais libres de un gran peso; despojados de todo, seguid á Jesucristo, que está desnudo: *Si non habes, grandí onere liberatus es; nudum Christum, nudus sequere.* (Epist. ad Rusticum.)

Abandonad los bienes de la tierra, dice S. Agustin, y recibireis los del Cielo; porque la pobreza compra el reino de los Cielos: *Dimitte terrena, et accipies coelestia; est enim paupertas regni coelestis pretium.* (Serm. CCXXXIII de Temp.)

Esos, dice S. Gregorio, esos vuelan hácia Dios, que, por decirlo así, pasan sin tocar la tierra, puesto que nada de ella desean: *Volant, qui terram quasi non tangunt, quia in ipsa nihil appetunt.* (Homil. XVIII in Ezechiel.)

La pobreza, dice S. Francisco de Asís, es el camino de la salvacion, el fundamento de la humildad y de la perfeccion; el dinero no es más que el demerito, y una serpiente llena de veneno. (*Regul.*, c. VI.)

Soy pobre y mendigo, dice el Salmista; pero el Señor tiene cuidado de mí: *Ego mendicium sum et pauper: Dominus sollicitus est mei.* (XXXIX. 18). En vuestra dulzura, Señor, habeis preparado lo que el pobre necesita: *Parasiti in dulcedine tua pauperi, Deus.* (Psal. LXVII. 11.)

Dios ha querido que la mayor parte de los hombres fuesen pobres, ya á fin de que adquiriesen el mérito de la paciencia y una plena confianza en Dios,

(1) Pauper soli dives est Coeli: ideoque homo coelestis, angelicus et divinus. Angelus enim et beati ex alto despicunt et ridet exiguum hoc terrae punctum, omnemque ejus opes et dotes. Generosus enim magnique animi est, nihil admirari praeter Deum. (Epist. ad Martyr.)

ya á fin de que se viesen obligados á trabajar, á cultivar los campos y ejercer las artes mecánicas, sin las que la vida humana y el órden del universo no podrian subsistir. Porque, como dice S. Crisóstomo, si desapareciese la pobreza de la tierra, quedaria aniquilado el órden social, y destruido todo género de vida; no habria ya marinoero, piloto, labriego, tejedor, zapatero, albañil, carpintero, pintor ni obrero alguno. Así pues, faltando tales obreros, todo faltaria á la vez. La pobreza es una arma necesaria para evitar, y en caso necesario obligar á cada cual á cumplir la órden que le está confiada. Si todos los hombres fuesen ricos, todos vivirian en el reposo y en la pereza: todos se corromperian y moririan. Habria una pereza, una hambre y una ruina completas y miserables. (Homil. antepenult., t. V.)

San Juan Climaco afirma que un simple monje, en su gran pobreza, es en cierto modo dueño del mundo; y que, habiendo puesto toda su esperanza solamente en Dios, puede mirar á las naciones como si fuesen esclavas suyas. El santo Abad añade que, servidor de Dios, el pobre no se aficiona seriamente á ninguna cosa de la tierra. En efecto; lo que tiene y lo que puede tener no existe, por decirlo así, para él; y si lo pierde, no se impacienta. (*Grad.* XVII.)

En este sentido es como S. Bernardo, comentando aquellas palabras de Jesucristo: Cuando seré elevado de tierra, todo lo atraeré hácia mí (*Joan.* XII. 32); dice con razon que, con el desprendimiento de todas las cosas perecederas, los verdaderos cristianos obran de igual manera. Es cierto, añade, que cuanto ménos se desean las riquezas, más libres somos, dueños de nosotros mismos y verdaderamente ricos. Desprendido el hombre de todo, lo posee todo y lo posee plenamente; porque la adversidad, lo mismo que la prosperidad, le está sometida y coopera su bien. El avaro tiene hambre de las cosas de la tierra; y el fiel, por el contrario, las desprecia como dueño. Poseyéndolas, el primero las mendiga; despreciándolas, el segundo las posee: *Avarus terrae esurit, ut mendicium; fidelis contemnit, ut dominus: ille, possidendo mendicat; iste, contemnendo, servat.* (Serm. XXI. in Cant.)

Pocos bienes con temor de Dios valen más, dicen los Proverbios, que un gran tesoro con el insaciable de aumentarles: *Melius est parum cum timore Domini, quam thesauri magni et insatiabiles.* (XV. 16). Una pequeña fortuna nos hace modestos, humildes, sóbrios, castos y amigos del trabajo; una gran fortuna nos hace atrevidos, soberbios, golosos, impúdicos y perezosos. Por lo mismo añade el autor de los Proverbios: No me deis, Señor, indigencia ni riquezas; concededme solamente lo necesario para la vida: *Mendicitatem et divitias ne dederis mihi; tribus tantum victui meo necessaria.* (XXX. 8).

Los pobres están al abrigo de los mayores males, dice Demócrito; no tienen que temer las emboscadas, la envidia ni el ódio que no dejan de perseguir á los ricos: *Maxima mala effugerunt pauperes, insidias, invidiam, odium, in quibus divites quotidie versantur.* (Anton. in *Meliss.*, part. I, serm. XXXIII.)

La pobreza, dice S. Crisóstomo, es un asilo seguro, un puerto tranquilo, una seguridad constante, una dicha exenta de peligro y un goce real; proporciona una vida sin turbacion, y no conoce naufragio (1).

(1) Paupertas tutum est asylum, portus tranquillus, perpetua securitas, deliciae: periculorum expertes, voluptas sincera, vita turbationum nescia, vis fluctum ignara. (Homil. de recipiendo Severiano.)

Elocuentemente dice Hugo de S. Victor: La pobreza voluntaria es una especie de martirio; porque ¿qué cosa más admirable y qué mayor suplicio que sufrir el hambre en una mesa bien servida, tener frío cuando tan fácil sería vestirse, ó quedarse pobre en medio de las riquezas que el mundo presenta, el demonio ofrece, y nuestra codicia desea? Cosa maravillosa es tocar el fuego y no quemarse; manejar espinas, y no herirse; llevar piedras, y no dañarse. Así pues, las riquezas son juntamente fuego, espinas y piedras: *Et divitiæ ignis sunt, et spine, et lapides.* (Insit. monast.)

¡O pobreza voluntaria y paciente! ¡Cuán preciosa y cuán extraña eres también!

Si el pobre quiere nada le falta.

Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará con creces, dice Jesucristo: *Quærite primum regnum Dei, et justitiam ejus; et hæc omnia adjiciuntur vobis.* (Math. VI. 33). Depositad vuestros cuidados en el seno de Dios, dice el Real Profeta; y él sostendrá vuestra alma: *Jacla super dominum curam tuam, et ipse te eruet.* (LIV. 22). Los ricos, añade añade el mismo profeta, han sufrido la indignación y el hambre; pero los que buscan al Señor tendrán todos los bienes con abundancia: *Divites eguerunt et esurierunt; inquirentes autem Dominum non minuentur omni bono.* (XXXIII. 11).

No amontoneis tesoros en la tierra, donde se oxidan, y los gusanos destruyen, y los ladrones excavan y roban; pero amontonaed tesoros para el Cielo, donde no hay moho, ni gusanos que roan, ni ladrones que excavan y roben (1).

Los bienes del Cielo son incorruptibles; no se pierden sino cuando se quiere; están al abrigo de los reveses, y duran eternamente.

No se sepulte vuestra alma en el oro; elévese más bien al Cielo, dice san Jerónimo. (Epist.)

Somos pobres, dice S. Pablo, y entriqueemos á los demás; nada tenemos, y todo lo poseemos. *Sicut egentis; multum autem locupletantes; tanquam nihil habentes, et omnia possidentes.* (II. Cor. VI. 10).

La vida de los apóstoles, dice S. Gregorio Nazianceno, es la riqueza en la indigencia, la posesion en la peregrinacion, la gloria en el desprecio, y la paciencia en las pruebas: *Vita eorum sunt opes in egestate, possessio in peregrinatione, gloria in contemptu, patientia in infirmitate.* (Orat. XII).

Todos los verdaderos fieles son ricos, dice el venerable Beda; no se estima nadie menos de lo que vale: El fiel es pobre en dinero; pero rico en virtud; duerme más pacíficamente echado en la tierra, que el que tiene oro y descansa en la púrpura: *Omnes boni fideles sunt divites; nemo ne contemptat: pauper in cella, dives in conscientia; securior dormit in terra quam auro dives in purpura.* (In Epist. ad Cor. II).

Oid lo que dice el poeta: ¿Quién es rico? El que nada codicia. ¿Quien es pobre? El avaro.

*Quis dives? Qui nihil cupit: et quis pauper? Avarus.*

(1) Nolite thesaurizare vobis thesauros in terra, ubi æruga et tinea demolitur, et ubi furres effodiant et furantur. Thesaurizate autem vobis thesauros in Cælo, ubi neque æruga, neque tinea demolitur, et ubi furres non effodiant, nec furantur. (Math. VI. 19-20).

No busquemos honores ni riquezas, que habremos de dejar un día, dice S. Gregocio: Si queremos bienes, vayamos en busca de los que hemos de poseer eternamente: *Non honores aut divitiæ querende sunt, que dimittuntur; si bona queramus, illa diligamus, que sine fine habebimus.* (Lib. Moral.)

Las riquezas, dice el Eclesiástico, son buenas para aquel cuya conciencia está limpia; la pobreza es muy mala para el impío que murmura: *Bona est substantia, cui non est peccatum in conscientia, et nequissima paupertas in ore impii.* (XIII. 30).

Los pobres comerán y quedarán saciados; dice el Real Profeta, y alabarán al Señor: *Edent pauperes, et saturabuntur, et laudabunt Dominum.* (XXI. 27).

No temas, dijo Tobías á su hijo; es verdad que vivimos pobremente; pero tendremos grandes riquezas, si tememos á Dios, si nos alejamos de todo pecado, y obramos bien: *Nolite timere, fili mi, pauperem quidem vitam gerimus; sed multa bona habebimus, si timuerimus Deum, et recesserimus ab omni peccato, et fecerimus bene.* (IV. 23). No sólo en la vida futura, sino tambien en la vida presente, tendremos el honor y el mérito de haber practicado la virtud y de no haber abandonado los senderos de la piedad...

Así como Dios es rico en gracias y en fuerzas, el pobre lo es tambien en inteligencia sobrenatural...

¿Cuán rico es, exclama S. Ambrosio, cuán rico es el que conoce á Dios, trabaja por la eternidad y amontona tesoros, no de oro, de plata ó de cosas preciosas, sino de virtudes! ¿No os parece rico el que tiene la paz del alma, la tranquilidad y el reposo; el que nada desea, no se turba por nada, no se disgusta por las cosas que tiene desde largo tiempo, y no las busca nuevas? (Serm. X).

El pobre, que es humilde, envidia lo que es licito envidiar, la pureza, la santidad y la perfeccion que hacen que el hombre sea agradable á Dios, trabaja para conformar su voluntad á la voluntad divina; quiere lo que quiere su Criador; y obrando así imita la estabilidad de Dios y su eternidad...

El pobre, dice S. Crisóstomo, nada tiene y goza de la seguridad más completa; por el contrario, el rico y el poderoso temen siempre algún peligro. (Homil... XXX. in Math.)

Es cosa que merece ser honrada la pobreza alegre, dice Séneca; no es pobreza, sino riqueza de corazón. El verdadero pobre no es el que tiene poco, es el que desea tener más de lo que tiene. ¿Qué importa que los cofres del avaro estén llenos, que sus graneros rebose, que amontone cada día con usura, si codicia el bien de los demás, y no contento con lo que posee, está sediento de lo que le falta? ¿Me preguntais el medio de enriqueceros? Ante todo tened lo necesario; y luego consideradlo suficiente. (Epist. II. ad Lucilium).

El pobre que aborrece la pobreza, lleva una vida miserable; y por el contrario, el que no sólo la sufre con resignacion, sino que está contento con su suerte, vive dichoso...

El mal no está en la pobreza, añade Séneca, está en el pobre. El que acepta voluntariamente la pobreza, es rico. El mal no está en la pobreza; está en el espíritu del hombre. Lo que hace la pobreza penosa, quita tambien á las riquezas todo su encanto. De la misma manera que no hay para el enfermo diferencia alguna entre una cama de madera y otra de oro, pues en todas partes

donde se echa lleva consigo la enfermedad, poco importa tampoco que el espíritu enfermo de deseo y de codicia se halle en medio de las riquezas, ó en el seno de la pobreza: su mal no le abandona. (*Lib. I. de Remediis fortunæ*).

El pobre tiene la situación que quiere: si se fastidia y se rebela, sus días son laboriosos, penosos y miserables; si se resigna, sus males se dulcifican y desaparecen...

El pobre que tiene una buena conciencia es infinitamente más rico que el que no la tiene.

Nos quejamos muchas veces de la pobreza; murmuramos de Dios... Y sucediendo así, la pobreza parece un peso insostenible, y no tiene mérito alguno.

Por lo demás, ¿cuántas personas son pobres por culpa suya? Perdeis en el juego y en la disipación lo que ganais durante la fuerza de los años; nada acudaláis; más tarde languidecereis en la miseria: ¿no lo habeis querido?

Teneis familia; en vez de cuidarla y ahorrar agotais en gastos inútiles cuanto tenéis; pronto os vereis en la penuria y vuestros hijos irán medio desnudos: ¿no lo habeis querido?

¿Cuántos pobres disfrutarían del bienestar, si se hubiesen portado cristianamente! Pero, lejos de bendecirla, Dios maldice esta pobreza. La gracia se aleja de los que se han dejado caer en ella; sufren sin consuelo y sin mérito, porque sus malas pasiones son las que á tal extremo las han conducido, y no la voluntad de Dios...

Lo que es preciso practicar para tener el mérito de la pobreza.

Para tener el mérito de la pobreza, es preciso: 1.º renunciar al amor propio y á la vanidad...; 2.º no fiarse de la inteligencia propia, y no escuchar exclusivamente el propio juicio y la propia voluntad...; 3.º considerarnos sin bien alguno que proceda de nosotros mismos, pues todo deriva de Dios y de su gracia...; 4.º meditar sobre la nada de los bienes del mundo...; 5.º estar convencidos de que merecemos mayores penas que la indigencia...; 6.º tener la vista fija en la recompensa prometida á los pobres voluntarios resignados...; 7.º unirnos solamente á Dios...; 8.º pensar muchas veces en la muerte...; 9.º ofrecer á Dios las privaciones y los sufrimientos nuestros.

Es preciso ser pacientes, no murmurar, no desconfiar de la Providencia, no desanimarse...

Habia, dice el Evangelio, habia un mendigo llamado Lázaro, que, cubierto de úlceras, estaba echado á la puerta de un rico avaro. (*Luc. XVI.—20*). San Crisóstomo enumera nueve aflicciones crueles que pesaban sobre Lázaro: 1.º la pobreza...; 2.º una grave enfermedad...; 3.º el abandono...; 4.º su posición en la puerta de un rico que iba magníficamente vestido y pasaba su vida en los festines...; 5.º la crueldad de aquel rico...; 6.º la falta absoluta de amigos...; 7.º la esperanza de los bienes que debe traer la resurrección menos afirmada de lo que fué despues de Jesucristo...; 8.º la larga duración de sus males...; 9.º el hambre, la sed, el frío y la desnudez... (*Homil. I de Lazaro*).

Dificilmente se hallaria un pobre que estuviese sujeto á tantos males y miserias.... Sin embargo, Lázaro se resignó, no murmuró, ni desesperó....

## POSTRIMERÍAS Ó NOVÍSIMOS.

Los novísimos ó postrimerías son muerte, juicio, gloria, infierno, eternidad. Gran desgracia es olvidarse de los novísimos. Olvidarse de cosas tan importantes, no preverlas, y no prepararse á ellas es la mayor desgracia del hombre. Porque olvidar la muerte es dejar de prepararse á ella, y exponerse á morir con la triste y fatal suerte del pecador; lo que es una irremediable desgracia.

Olvidar el juicio de Dios es despreciarlo; terrible será entonces aquel juicio: olvidarse del Cielo es una gran desgracia, porque entonces no se hace nada para merecerlo, y se pierde; y, perdido el Cielo, todo está perdido. No pensar en el infierno es emprender su camino; y el que emprende tal camino, cae en él, lo que es la más horrible desgracia. Olvidarse de la eternidad es perder el tiempo y la eternidad. ¿Puede imaginarse nada más sensible? Y sin embargo, ¿cuán general es el olvido de las postrimerías en el mundo! Por esto lanza Jesucristo aquel espantoso anatema: ¡Desgraciado del mundo! *Vie mundo!* (*Math. XVIII. 7*).

Raza sin consejo ni prudencia, dice el Señor en el Deuteronomio; ¿por qué no abren los ojos? ¿por qué no comprenden? ¿por qué no prevenen sus postrimerías? *Gens absque consilio est et sine prudentia; utinam saperent, et intelligerent, ac novissima providerent!* (*XXXII. 28-29*).

No has reflexionado en tu corazón, dice Isaias, no te has acordado de las postrimerías: *Non posuisti hec super cor tuum, neque recordata es novissimi tui.* (*XLVII. 7*).

Es una sorprendente y horrible imprevision, es una imprudencia incalculable en sus consecuencias por parte de los hijos de este siglo, olvidar las cosas futuras, no considerar las postrimerías, para hacérselas favorables y asegurarse la felicidad eterna.

Muy justamente les insultarán los malos espíritus en el infierno. ¡O almas desgraciadas, dirán: sabiais que existía un infierno, y no lo habeis evitado, pudiendo hacerlo tan fácilmente! Os habeis olvidado de vuestras postrimerías; todo lo habeis perdido: *Neque recordata es novissimi tui.* (*Ut supra*).

Nos hablan de nuestros novísimos, los conocemos, creemos en ellos, y obramos como si fuesen para nosotros una cosa extraña! ¡Y no nos volvemos mejores! ¡O ceguedad! ¡O supremacía locura! ¡O hombres estúpidos y dignos de lástima! No pensar, no penetrar, no temer cosas tan graves y no prepararse á ellas, es el colmo de la locura y de la necedad.

En todas vuestras acciones, dice el Eclesiástico, recordad vuestras postrimerías, y no pecaréis: *In omnibus operibus, tuis memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis.* (*VII. 40*). La razón de esto es evidente; porque el fin que nos proponemos ha de ser el principio y la regla de todas las acciones; y así pues el fin de todas las cosas está esencialmente contenido en las postrimerías.

Cuán útil es el recuerdo de las postrimerías.